

## Prisionero de su propio sueño

EMILIO ARJONA CRESPO

Eran las tres de la madrugada una vez más. Sobre su cuerpo, clavadas como estacas, las agujas del reloj avanzaban dejando su rastro de vejez y olvido.

En la oscuridad de la noche, cuando todo callaba y podía percibir hasta el más tenue sonido, su cama se convertía en un páramo, en el que el viento cargaba contra su cuerpo como si de un tocón solitario en el desierto se tratara y le hacía ir disipándose poco a poco.

Sentía el ligero sopor que comenzaba a producirle la continua vigilia, hasta que con las horas se convertía en una tormenta que devoraba su cabeza durante todo el día siguiente.

Repasaba una y otra vez las acciones del día pasado, aquel que quedó sepultado tras la medianoche, bajo la losa del antiguo tiempo, atrapado en la historia ya, y que tan sólo le traían desconsuelo.

Qué hacer una noche más intentando dominar una mente que liberó hacía mucho tiempo la más preciada de sus prisioneros.

A fuerza de costumbre y aburrimiento nocturno impuesto por su naturaleza, había aprendido a abandonar su cuerpo inerte sobre la cama, y su mente, como un ave de cenizas hecha, se dispersaba en el viento, y volaba a mundo desconocidos, tan sólo presentes en el universo de su mitología, que le hacía cada noche desaparecer de su propio interior.

Siempre era igual, una ciudad, un mar abierto, cualquier lugar de su mundo, siempre desierto, siempre silencioso. Noche tras noche deambuló por valles y bosques, por avenidas, por callejuelas, por selvas.

Hasta que una noche apareció ante sí algo que nunca antes vio, un lugar en el que se reunían otras almas de su misma condición. Todas ellas, harapientas o pulcras, nobles o vulgares reían y danzaban, pululaban por aquel lugar como si de su propia tierra se tratase.

Al principio no osó dirigirse a ellas, algo en su interior le decía que debía alejarse de aquel lugar, algo más antiguo que él presentía que bajo aquella apariencia latían almas insalubres. Algo a lo que debió obedecer, pues era más viejo que el ser humano, algo que tan sólo los animales poseían ya, y que los hombres en algún lugar de su existencia adormecieron para su propia desgracia.

Como hipnotizado admiraba su diversión, su aparente felicidad dotada de energía y vitalidad, y miró en su interior y vio tan sólo soledad y vacío, y decidió acercarse hasta ellas.

Ninguna pareció advertir su presencia, parecía que siempre hubiese habitado allí con ellas, o simplemente, todas eran recibidas por igual. Fue venciendo su miedo a cada instante, doblegando cada excusa que se daba a sí mismo, y antes de darse cuenta estaba danzando y bebiendo, riendo y liberando la mala fortuna que anidaba en su interior de manera perenne.

Pero llegó el momento del silencio y la calma, y picado por la curiosidad desveló su presencia, entonces todas ellas, como una manada de lobos, se acercaron hasta él, y rodeándole le dijeron al unísono.—*¿quién eres tú que hasta nuestra morada vienes y sin ser invitado comes nuestra comida y nuestro vino bebes.* Paralizado por el terror, sin mover un solo músculo de su alma permaneció una eternidad, pero al final, amedrentado por aquellas con las que antes danzara, liberó su lengua y reveló su origen.

Como si un huracán las hubiese poseído, todas se fueron haciendo un horrible rugido de lamentos y gritos, y él solo quedó en aquel lugar sembrado ahora de inmundicias y desorden, lo que a sus ojos se apareció como un vergel, se tornaba lodazal de pútridas aguas en las que multitud de cráneos se cocían. Allí, sentado sobre una solitaria piedra, su instinto le recriminó lo que antes le avisara, y solo estuvo hasta que de pronto todas volvieron para atormentarle desde entonces con sus aullidos, todas excepto una, la que más rápido llegó hasta su cuerpo y de él se adueñó.